

dín un símbolo de algo nuevo, más no calaron en la Hondura de aquel significado. Tras el fútbol, deliberadamente se restauraron los toros. Batlle comprendió que Uruguay por su misma situación inermes a todos los vientos, requería el sustento de una tradición cívica profunda. De una inteligencia orientadora. Los pies destrozaron su ideal. Nazzari alcanzó más fama que Rodó. El negro Andrade compitió con Reyles; Gradín con Artigas; Romano con Herrera y Reissig, y el Once olímpico adquirió más nombradía que el viejo Batlle y sus colorados. Sesenta mil espectadores acuden a presenciar la justa entre Peñarol y Nacional. Cada gol es un poema y una tragedia. Y ahora se suma a tal drama, el de la renacida afición taurina.

Panem et circens: indicio grave. Más que un ataque documentado de los opositores, me impresionó el hecho del fútbol y los toros dirimiendo filiaciones. Alguno apunta: "Si a usted no le gusta el fútbol, no es de los nuestros..."

*Envío al amigo del "Tupí-Nambá"*

Amigo gentil del "Tupí-Nambá": no soy de los unos ni de los otros; pertenezco a una promoción humana que practica el deporte, pero que filosofía también sobre él. Todo Montherland lleva un Mussolini implícito. Como todo Machaquito siente inclinaciones por el general Franco y sus secuaces. Si prefiere el fútbol a los toros, es bueno tener presente que por encima de los dos, amo el alerta constante de la conciencia de los pueblos. Y que, puesto a elegir narcóticos cívicos, prefiero el nirvana al sudoroso narcótico del deporte o la fiesta brava.

Comienza como ditirambo y termina en alegría: café de "Tupí-Nambá". En torno a tus mesitas, frente al café aromoso, discuten de toros, de fútbol, de arte, y más asordinada la voz, de política. Miro tus paredes, con carteles taurinos. Me detengo en las melenas de algunos contertulios. Trato de abrazar con la mirada los chambergos bohemios. La cortesía y la generosidad me anestesian. El mar invita a lo fácil y propincuo. Desde la lejanía, me llama la sirena de mi barco. Nada me puede atar a lo pasajero, sean hombres, naturaleza, pasión de mujer o de gloria. Ni tampoco la remembranza de mi adolescencia bohemia, rediviva en tu seno, bajo su atmósfera sedante, café de la leyenda castiza de un Uruguay que ya pasa, café de la discusión vespertina y del panem et circens, coso y huerto, jardín de Academos y peña taurina, nombre sabroso, con perfume de selvática leyenda guaraní: café de "Tupí-Nambá".

(De "Atenea", Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes. Publicada por la Universidad de Concepción, Chile).

## La Luna en la Poesía Negra

Por FRANCISCO G. BEDRIÑANA

HA sido nada menos que Guillermo Díaz Plaja, el joven y maestro escritor español—Premio Nacional de Literatura 1935—quien ha traído del brazo el tema. El tema, es nada menos, el de "La Luna y la Nueva Poesía", breve ensayo pleno de originalidad, que, por otra parte, estaba haciendo falta ya, habida cuenta de que los ángeles de Juan Cocteau y Rafael Alberti han sentido cómo sus alas gravitaban sobre el mundo literario en forma tal, que el corral de los gallos de cresta roja y plumas azules llevaba trazas de convertirse en gallinero. La trascendencia del sentido lunar en la poesía—apunta Díaz Plaja—no podrá ser negada por nadie. En efecto: la luna sigue siendo ese disco color de huevo frito que continúa sugestionando a los poetas, pese a ese *saber desembarazarse de ella* que señala Díaz Plaja, citando para ello la trayectoria de esas líneas paralelas en la ferrovía lunática Apollinaire-Cocteau, sin olvido del semáforo Juan Ramón Jiménez.

El jugar con la luna, persiste. El odio universal por la luna, preconizado por Marinetti, ha entrado de lleno en la catalogación del mito. Luego la campaña anti-luna fue un nuevo mito en la modalidad de los gritos, sin mayor trascendencia que el snob.

Cuando Díaz-Plaja señala, no sin acierto, que fue Marinetti quien *vislumbró agudamente toda la culpa de la luna en la mediocrización de la poesía durante el Romanticismo*, pudo añadir que, no obstante ello, la luna no tiene ese poder obsesivo de antaño. Ello no obstante, a veces suele sentirse acróbata en el trampolín del firmamento, y deslizándose por el trapezio del tiempo logra un salto mortal al antiguo clisé. Disfrázase entonces, un tanto avergonzada, en complicidad con algunas estrellas cercanas. Pero sigue siendo luna. Y aunque la mona de la luna intenta vestirse con la seda que el aire moderno ha ido entretejiendo sutilmente, luna se queda, al fin y a la postre: luna con su halo romántico y con su prestigio espectral.

Claro está que ha perdido gran parte de su fuerza patética, y que ya no será como antes:

La luna dorará un viejo camposanto...

No. Ya Juan Ramón Jiménez va captando la faceta del camposanto en otras imágenes desprovistas de toda la fuerza de la luna en llanto. Y ha de ser nada menos que un don Miguel de Unamuno quien ha de jugar con ella, para decir con desparpajo y gracia infinita:

La media luna es una cuna...

Ya esto hace juego—como vemos—con las "estrellas verdes" señaladas por Juan Ramón.

En la poesía negra, el fenómeno lunático no ha dejado de sentirse con menos intensidad. Toda la gama musical del poema negro—o mestizo, como ansía Guillén—toda fuerza arrolladora de la apetencia social a través de la poesía negra, no ha podido llegar al logro de la irradiación de la luna como presencia más o menos romántica, ni aun desviar, por completo, su trayectoria hacia ese farol chino que alumbraba en la verbena celeste.

“Ya no es el blanco quien dice lo negro”—exponen don Fernando Ortiz. Y agrega: “Cada día ocurre menos, como bien piensa Marinello, *que lo blanco dice lo negro, traduciendo al verso de España el alarido del tambor*”. De acuerdo. Pero hay que no echar en olvido que también el negro sigue diciendo su canto en expresión blanca, y que alarido del tambor no ha dejado de ser—en múltiples ocasiones—un eco de la guitarra. Que no por algo si Pérez Ferrero expresó:

Luna grande, luna grande,  
luna de hojaldré,  
los aviones irán  
a picarte.

(*Poemas del Aire*).

Nuestro Nicolás Guillén también dice que su “Chévere del navajazo”:

pica tajadas de luna,  
más la luna se le acaba.

(*Chévere*).

“La gran hazaña de los jóvenes poetas ha consistido—dice Díaz Plaja—en saber inmunizarse contra el azul lunar y la humedad del nocturno. En huir del valor patético de la luna”. Y, si bien es verdad—volvemos a repetirlo—que a veces es así, no siempre la luna deja de ser en nuestra poesía negra un elemento decorativo ribeteado en no pocas ocasiones con el patetismo que de un traspié puede convertirse en auténtica palidez de lo romántico.

Como es natural cuando más bonita nos parece la luna es a la sazón en que el poeta juega con ella, *construyendo arbitrarios imaginismos juguetones*. Así, por ejemplo, cuando Emilio Ballagas dice:

En la obscura plaza del cielo  
rumbea la luna.

(*Comparsa habanera*).

Pero Luis Palés Matos—llamémoslo Gran Cocotero de la Onomatopeya—brinca a la línea romántica cuando, con voz queda, nos va diciendo:

Duerme el caimán, duerme la luna

(*Bombo*).

En efecto, cuando *alrededor de la fogata van cruzando las sombras ante el fuego*, la luna duerme, la luna puede dormir, su sueño de siglos...

Pero también García Lorca—¡ah!—siente la atracción negra, la atracción de Cuba, precisamente, y, dentro de Cuba, el imán de Santiago, a donde irá

Cuando llegue la luna llena.

(*Son*).

¡Oh, la atracción de la luna llena! En versos blancos la había utilizado también Alberti para decirnos que

... pescó la luna llena  
sola en su red plateada.  
(*Elegía del niño marinero*).

Claro que aquí se trunca toda aproximación romántica, porque para esa concepción es imposible ver la luna orendiéndose en otra red que no sea la de la bóveda celeste...

Pereda Valdés también ha sabido jugar con la luna. Y así mientras los negritos africanos

forman también una ronda  
con la noche de la mano

observa que, igualmente,

las estrellas forman ronda  
cuando juegan con el sol,  
y en el candombe del cielo  
la luna es un gran tambor.

(*La Ronda Catonga*).

Pero donde se palpa la luna con toda su precisa intensidad, con feliz evasión de lo romántico, con sabor a noche tibia y olor a cielo estrellado, es cuando Guillén la hace enroscarse, a capricho, en la espina dorsal de uno de sus mejores poemas:

Quemaste la madrugada  
con fuego de tu guitarra:  
¡zumo de caña en la jícara  
de tu carne prieta y viva  
bajo luna muerta y blanca!

Y después:

Hoy amaneció la luna  
en el patio de mi casa;  
de filo cayó en la tierra  
y allí se quedó clavada.  
Los muchachos la cogieron  
para lavarle la cara.  
y yo la traje esta noche  
y te la puse de almohada!

(*Velorio de Papá Montero*).

Mejor ahí, más feliz ahí, más prístinamente ahí, que cuando dice:

¡Oh luna redonda y limpia  
sobre el sueño de los monos!...

(*Balada de los dos abuelos*).

Tenemos, pues, el ejemplo de que aún viviendo la poesía negra toda su influencia folklórica, la luna ha seguido siendo elemento vital en ella. ¿Es que los poetas que cultivan sus rosas negras o mestizas quieren ser poetas del tiempo? Recordemos entonces la pregunta y respuesta de Alberti: *¿Qué es ser poeta del tiempo? Indiscutiblemente, acompañar el ritmo poético con el histórico, dar la medida lírica de su época.*

Por lo que vemos, entre el ruido poético y el histórico danza y piruetea la luna en un juego de engaño, de amor y desamor, entre ella y los poetas que miran al cielo para contemplar de una u otra forma, pero siempre adormeciéndose en su contemplación como la amada eterna...

(De “Revista Bimestre Cubana”.—Habana, Cuba).